

CAPITULO GENERAL 2017

Tercera Conferencia

Despojarse de miedos e inseguridades

Intentemos ahora penetrar en los secretos de nuestros miedos e inseguridades. Este ejercicio es especialmente urgente hoy, que vivimos, precisamente, una coyuntura histórica que agudiza de mil maneras los mecanismos a la vez generadores y falsamente supresores de estos sentimientos.

Dicho esto, en este contexto social, político y religioso extremista, el discurso identitario y fanático de las religiones juega un papel esencial del cual podríamos también ser cómplices, si no tenemos cuidado. Lo dije bien, cómplices, porque lo que está en juego actualmente es la violencia excluyente y fanática en todos los ámbitos.

¿Cómo “despojarnos” y contribuir a qué el mundo se despoje de este miedo mortífero? La muerte de Cristo fue el resultado de la confluencia de tres miedos: el del templo que se sentía amenazado en su papel de poder doctrinal y político, el de los discípulos, abrumados por el temor a las consecuencias que el “asunto Jesús” podría tener sobre ellos y su grupo de personas pobres, y, finalmente, quizás también (es menos evidente) el miedo del ocupante romano frente al riesgo de problemas social-nacionalistas de carácter religioso. Cada una de estas categorías crearía sus propios mecanismos generadores y supresores de la amenaza. Un escenario muy similar al de nuestra propia coyuntura mundial.

I La Fuente del miedo y la inseguridad, y los falsos remedios que propone

Los psicoanalistas son especialistas en atender estos mecanismos. En su opinión, muchas de nuestras inseguridades se originan en relaciones familiares traumáticas relacionadas con la historia sexual de los padres. A pesar de las pruebas de ADN, la angustia de castración de los hombres, la duda que tienen de su virilidad y paternidad, son fuentes recurrentes, entre muchas otras, de la violencia masculina.

Pero esta duda existe también entre las mujeres. En su caso, es todo el discurso patriarcal de exclusión y opresión el que pone en tela de juicio el mérito femenino. En los dos casos, la inseguridad, causa de miedo y violencia excluyente, proviene de la duda que tenemos sobre nosotros-as mismos-as y nuestra propia capacidad de existir.

La paradoja se encuentra en la nefasta ilusión de que este miedo podrá erradicarse mediante la afirmación violenta del Ego, machista para los hombres, o “mamista” en el caso de las mujeres. Es como si el discurso identitario y la práctica de la exclusión de la

diferencia permitiesen extirpar la duda y el temor, proyectándolos sobre “la víctima”, sobre el diferente: la mujer, la persona forastera, el musulmán o la musulmana, etc., etc. Se trata, en cierto sentido, de una negación “boomerang” que regresa sin cesar a quien lo arrojó.

Para eliminar la amenaza y la duda existencial, representadas por lo diferente, por el otro, resaltamos todos los rasgos que afirman nuestra identidad como la única válida y la única opción segura, rechazando todo lo que no se corresponde con ese modelo. Esto es lo que Santiago y Juan propusieron a Jesús cuando invocaron el fuego del cielo sobre el pueblo samaritano que se negó a recibirlos. Ellos también estaban atrapados en un discurso identitario y excluyente, al que Jesús se opone con firmeza. Por el contrario, para Jesús todo lo que no está “contra” nosotros-as es “para” nosotros-as, sin importar las diferencias.

Para salir de la espiral de la violencia que nos atrapa actualmente, es urgente retornar a la santa ambigüedad del campo, donde conviven el trigo y la cizaña, sin que podamos distinguirlos entre sí. Debemos asumir a priori este “para nosotras-os” y no el “contra nosotras-os”. Esta divina incertidumbre, esta imprecisión sobre el bien y el mal (el árbol prohibido) que se encontraba ya en el corazón del jardín del Edén, es la verdadera condición de una convivencia pacífica.

Para retomar esta primera y, en mi opinión, única prohibición, debemos denunciar constantemente nuestras respectivas negaciones. Me gustaría, en ese sentido, hacer una distinción, que algunas personas considerarán arbitraria, entre el egoísmo masculino y el egocentrismo femenino.

A mi parecer el miedo del hombre y su violencia característica están más bien arraigados en el egoísmo: el remedio masculino contra el miedo y la duda es ocuparse solo de sí mismo, sin asumir sus verdaderas responsabilidades, en el ámbito de su paternidad, por ejemplo. Esto fue lo que ocurrió en Getsemaní y Gólgota. El Ego masculino, incluso si se comparte con otros hombres, es a menudo un monólogo solipsista consigo mismo, con sus deseos y sus sufrimientos.

La violencia sexual masculina es, en particular y con más frecuencia, la expresión de este egoísmo. La apertura íntima al diálogo no es un punto fuerte del macho. A menudo, él disfraza de falso pudor su gran miedo de abrirse al otro, sobre todo a la mujer. La inmensa soledad masculina, desde Caín hasta Judas y después, reside en este mecanismo egótico recurrente.

Por el contrario, las estrategias femeninas para escapar al miedo y la inseguridad personal, han de buscarse del lado del egocentrismo. No se trata tanto de un

mecanismo de aislamiento, sino, más bien, de una búsqueda permanente de aprobación y confirmación. Recuerdo esta preciosa canción, ya muy antigua, de Guy Beart, cuyo título lo dice todo: *Mais parlez-moi de moi, y-a que ça qui m'intéresse...* [Pero hálame de mí, eso es lo que me interesa...]. Simone de Beauvoir y las ideólogas e ideólogos del feminismo, entre otras personas, opinan, con fundamento, que este proceso es una forma de revancha de la mujer frente a la dictadura patriarcal.

La mujer, asediada como un objeto, ha creado estrategias de seducción, utilizando a veces la fragilidad y a veces la fuerza. Desde Eva con su primer hijo, pasando por Sara y Agar, Rebeca y Jacob, Betsabé y Salomón, Judit y Ester, la mujer toma su revancha sin cambiar realmente los mecanismos de la sociedad que la oprime.

Es María la que instaura una nueva palabra femenina rompiendo con el yugo que la obliga a pedir y considerar la palabra masculina al momento de tomar una decisión. El sí autónomo de María es una verdadera revolución femenina, inspirada por el Espíritu. Para la Vida Religiosa femenina, ahí radica también el camino de la verdadera liberación de toda violencia: atreverse a tomar la palabra recurriendo a sus propios recursos espirituales, lejos de sumisiones infantiles o estrategias de seducción egocéntricas.

El egoísmo masculino y el egocentrismo femenino son a menudo cómplices entre sí, con el fin de perpetuar el miedo, la violencia y la improbable seguridad que estos pretenden garantizar. En el contexto de la Vida Religiosa, esta perversa complicidad se manifiesta en el clericalismo, asumido de forma mutua y tácita, y criticado constantemente por el papa Francisco.

Para que las santas mujeres del Cenáculo pudiesen ayudar a los apóstoles a despojarse de sus miedos y sus inseguridades, imagino que debieron atreverse, siguiendo el ejemplo de María en la Anunciación, a tomar la palabra y romper con las ataduras del clericalismo y el patriarcalismo. ¡Qué gran desafío para las mujeres consagradas de la actualidad!

II Los Miedos y las violencias en el mundo de hoy

Negar la diferencia que me atemoriza, pretendiendo así eliminarla, solo puede generar violencia. El pecado original de Adán y Eva no es otro que la permanente tentación de devorar al otro, de asimilarlo o eliminarlo.

Las ideologías populistas y nacionalistas que resurgen actualmente en distintos lugares, juegan con sus mortíferas ilusiones de miedo, de exclusión y de afirmación exacerbada de una identidad única. El escritor franco-libanés Amin Malouf es autor de un libro muy inspirador al respecto cuyo título contiene en sí mismo todo un programa: *Les Identités*

Meurtrières [Las identidades asesinas]. En su calidad de ciudadano de diversas culturas y fruto de un sutil desarrollo de espiritualidades y religiones, él defiende una identidad múltiple, híbrida y cambiante como alternativa frente a la violencia.

En la Biblia, la diferencia entre el hombre y la mujer se encuentra en la imagen y semejanza de Dios. A partir de esta matriz divina de la humanidad podemos afirmar sin riesgos que toda diferencia revela al Dios de la diversidad. Para nosotras, las personas cristianas, el dogma trinitario es una especie de confirmación de esta intuición tan profunda: no solo es que Dios sea el gran diferente en su trascendencia, sino que además es el Dios de la relación de irreductible diferencia entre el Padre y el Hijo. Es el Espíritu Santo quien nos salva de toda tentación de reducir a Dios a una única imagen: masculino, blanco, etc., etc. Dios es diferente y la diferencia de Dios es el Espíritu que engendra, sin cesar, la diversidad.

La opción preferencial de Jesús por las mujeres, expresada en su renuncia a los privilegios patriarcales a través del celibato, denuncia la fuente de toda violencia que se esconde en el corazón de nuestras relaciones de género. Él inaugura, de este modo, una nueva era de relaciones no violentas entre el hombre y la mujer y, más allá de eso, entre todas las criaturas en su diversidad divina.

El desafío de una Vida Religiosa liberada del patriarcalismo, es reconstruir relaciones de confianza entre todos y todas nosotras-os como un requisito para la paz. Esta reconstrucción comienza al interior de nuestras propias comunidades.

III Retejer las redes

La urgencia de las coyunturas actuales nos invita insistentemente a pasar a la acción. Si las cosas son como son (a pesar de tantos años de opción preferencial por los pobres con los cuales nos hemos dedicadas-os a la justicia y a los dones del Reino) es quizás debido a nuestra ingenuidad. Hemos creído demasiado rápido que bastaba con soñar y hablar del Reino para que este surja, como por arte de magia. Nos hemos olvidado de la dura exigencia de la acción para que la esperanza sea más que un lema. Hemos también subestimado la resistencia de los viejos demonios: complejos y alienaciones, incluso, y quizás por sobre todo, entre los pobres.

Más allá de nuestra generosidad y nuestro valor a toda prueba, hemos descuidado la coherencia de nuestro testimonio. El “aquí y ahora” del Reino, que es, de hecho, la única cosa capaz de convencer, pasa por el testimonio de nuestras vidas personales y comunitarias. Es ahí donde radica el problema. Nuestras contradicciones invalidan muy a menudo nuestros discursos e incluso, en ocasiones, nuestro trabajo.

Solo una comunidad plural, como la de Jesús, a contracorriente con toda competitividad de clanes, de razas, de género y de religión, tiene la oportunidad de reconstruir la confianza indispensable. Es en la apertura a la diferencia, en nuestras comunidades y fuera de ellas, que nuestros carismas, mutuamente orquestados en una bella sinfonía, se vuelven fecundos. Pero para que esto ocurra, es prioritario tomar conciencia, denunciar y sanar nuestros egocentrismos en femenino y nuestros egoísmos en masculino.

Debemos reinventar la mutua dependencia liberadora en lugar de la competencia feroz y alienante. Es urgente reasumir plenamente nuestra realidad como criaturas, proclamando con alegría que nos necesitamos mutuamente y que necesitamos al Otro para existir verdaderamente.

Desde esta perspectiva, replanteemos juntas-os, hombres y mujeres, el sentido de nuestras comunidades mono sexuadas. En ningún caso estas pueden representar la competencia, el miedo al otro, la huida frente a la amenazante diferencia.

Por el contrario, nuestro celibato, vivido en comunidad, no puede ser otra cosa que la decisión de renunciar a la confiscación del otro para mí, y la escuela de lo universal, de la apertura universal al mundo. La prioridad de un celibato verdaderamente humano, vivido tal como eligió Jesús, es la sanación de nuestra violencia. La derrota del miedo frente al amor nos abre poco a poco a la diferencia y a la diversidad. A través de esta decisión, que es también una renuncia, aprendemos juntas-os e invitamos a las demás personas a pasar progresivamente de la violencia a la paz.

La civilización postmoderna nos enfrenta a un permanente dilema. Por un lado, estamos cada vez más integradas-os en una multitud de redes que nos conectan constantemente y en todos los ámbitos, en tiempo real. Es impensable actualmente soñar con un mundo al margen de esta telaraña mundial.

Pero, por el otro lado, la tentación del atrincheramiento identitario está más vigente que nunca antes. Ya no podemos prescindir del Facebook o de los *selfies*. Pero esto, en lugar de transformarnos en una sociedad intercultural y más carismática, aviva, por el contrario, los miedos y los odios, los llamados a la exclusión y al desprecio. Lo que debería habernos unidos en fraternidad, nos aísla y nos convierte en forasteras-os universales que se sienten constantemente amenazadas-os y que se creen, por tanto, con derecho a amenazar.

Algunos sitios y medios de comunicación han renunciado ya a publicar los comentarios, a menudo inmundos, de los usuarios. Se trata de una tentativa de frenar la irresistible oleada de expresiones de odio, cuyo crisol se encuentra en la ignorancia, pero también

en las múltiples frustraciones de las personas olvidadas por el sistema. En este contexto, ¿no debemos acaso salir del embrollo virtual para recrear espacios reales de relaciones, de escucha y de diálogo? Reconocemos que, a menos que se asuma una consistencia tangible e interpersonal, será cada vez difícil, sino imposible, ofrecer una salida no violenta, especialmente a las personas más jóvenes.

El otro desafío de las redes es el estatus de la verdad. Sabemos ya que estas redes sociales construyen mensajes totalmente virtuales, es decir engañosos, para alcanzar sus objetivos políticos, económicos e incluso religiosos. La zarabanda virtual, con sus dimensiones lúdicas y oníricas, nos proyecta hacia un mundo conscientemente irreal que se convierte en el único referente. En este espacio artificial los criterios éticos parecen diluirse, como si se tratasen de reglas de una era ya olvidada. Lo real se vuelve inexistente en beneficio de una ficción universal que domina al mundo.

¿Cómo evitar que nuestras comunidades se conviertan, también, en espacios de ficción virtual? ¿Cómo hacer que su consistencia sea tangible, histórica y real; a modo de contraveneno frente a esta pandemia virtual de la que somos víctimas? ¿Es esta una curiosa revolución a realizar, para ofrecer un espacio terapéutico en el que las personas jóvenes y menos jóvenes puedan salir del sueño hipnótico que banaliza la violencia y exacerba las angustias? ¿Cómo salir de este encuentro frontal, solitario y seguro con el monitor? ¿Debemos aprender a “apagar” y a “perder” juntas-os el tiempo escuchándonos y atreviéndonos a hablar de nosotros-as, dialogando, en lugar de eructar a solas en las redes nuestras frustraciones y deseos más oscuros?

No deseo regresar a la edad de piedra. Pero siento el imperativo de recrear una dialéctica entre la realidad y lo virtual, para recuperar el control de nuestros instintos y del sistema. “Nadie me quita la vida, sino que yo mismo la entrego”. Esta afirmación de Jesús bien podría inspirar este retorno revolucionario a lo humano. Más allá de los robots y otros Pokémones, esta es nuestra propuesta para nosotras-os mismas-os y para el mundo a través de nuestras comunidades. Se trata de una nueva forma de comprender la resurrección como un regreso a la realidad vital de nuestras relaciones. Invito en ese sentido, por así decirlo, a una “reencarnación” urgente de nuestras vidas humanas.

IV “Ya no seas persona incrédula, sino creyente”

Sin la incredulidad de Tomás no podría creer acertadamente en la resurrección de Cristo. Él, al exigir poner su mano en las heridas del crucificado, garantiza que nuestra fe se mantenga arraigada en la historia y en el desafío pascual. Sin él, la resurrección sería

un “final feliz” infantil y sin consistencia. La cruz y la resurrección son definitivamente inseparables.

Pero esto no impidió a Jesús reprochar a Tomás por su “incredulidad”. Él no critica una falta de fe. La fe de Tomás es, sin duda, más profunda que la de sus compañeros, más pascual en cualquier caso. No, él condena la incredulidad. Y con esto se refiere a la desconfianza de Tomás frente al testimonio de sus hermanos. Esta desconfianza individualista, que pretende comprobarlo todo, es muy postmoderna. Nosotras-os también hemos perdido la confianza en el otro, en las políticas, los jueces, la policía y (¿sobre todo?) en la Iglesia. Solo creemos en nosotras-os mismas-os.

Sin embargo, paradójicamente, nuestra incredulidad se alimenta conscientemente de toda esa credulidad ciega contenida en la ficción virtual que nos “protege” y nos manipula. Nuestra fe debe recuperar esta saludable solidaridad fraterna y adulta que, en nuestra jerga un poco anticuada, llamamos obediencia. Recuperar la confianza *a priori* en el otro es, antes que nada, también una condición de la fe cristiana. Esta, en efecto, se basa completamente en el testimonio de hombres y mujeres pecadores y frágiles como nosotras-os, propensas-os a equivocarse tal como nosotras-os. Y, no obstante, no hay nada más seguro que un hermano o una hermana en la fe, para avanzar en medio de la noche de estos tiempos.

La antítesis de la incredulidad no es, evidentemente, la “credulidad” que nuestros contemporáneos, basándose en la cultura de los nuevos paradigmas, nos reprochan sonrientes. Jesús no dijo a Tomás: “sé crédulo”, algo que ciertos sectores de la Iglesia nos repiten incansablemente esperando mantenernos, en especial a las mujeres, en una sumisión infantil. La invitación de Jesús a Tomás va por un camino totalmente distinto: “sé creyente”. Ahí comienza el difícil y bello camino de la fe.

Admiro mucho a las mujeres teólogas de América del Norte y del Sur, que, rechazando el yugo impuesto de la ingenuidad, han dejado atrás la infancia para explorar su fe con el valor ardiente de las personas adultas. Debemos, junto a ellas, replantear constantemente nuestra fe y renunciar a todo ese desorden de cosmovisiones y teovisiones míticas. Si nuestra fe depende de esta concepción desfasada, entonces no resistirá mucho tiempo la tempestad postmoderna.

En la Iglesia, las mujeres son las recién llegadas a este escenario. Por esta razón, su perspectiva y su inteligencia tienen el dinamismo, la frescura y la necesaria libertad de los comienzos. Los hombres, por el contrario, a menudo están enredados en la estúpida certidumbre de repeticiones rutinarias y verdades clericales oxidadas.

Reaprendamos a pensar, sin recurrir a las creencias *a priori*. Con este fin, reaprendamos a dudar como Tomás, pero también a tener confianza. He ahí la paradoja mística de la fe: la duda como trabajo de la honestidad intelectual y la apuesta mística como testimonio. Es esto lo que Jesús pide a Tomás y a nosotras-os. Esto significa ser una persona creyente, más allá de nuestras cómodas credulidades.

Las santas mujeres hicieron que sus compañeros se despojaron de sus miedos e inseguridades. La Vida Religiosa femenina en la actualidad puede, también, enseñarnos y enseñar al mundo a ser verdaderas y verdaderos creyentes, más allá del “teísmo” ingenuo y mediocre del pasado premoderno, o del ateísmo brutal, que confunde la fe con la credulidad para rechazarlo todo en bloque. Ingreseemos juntas-os en esto que algunas personas denominan ya el tiempo “postreligioso”, la nueva actitud creyente del “anateísmo”, Dios más allá de Dios, más allá de toda imagen.

Hemos llegado aquí a la frontera, donde solo saltar la barrera nos hará libres (¡así a Trump no le guste!). La fe se ha convertido, hoy en día, en un salto hacia la vida, tal como experimentaron todas las personas místicas, en una decisión costosa, en una opción por la vida “aunque sea de noche”, tal como dijo San Juan de la Cruz.

Simón Pedro Arnold, OSB